

alguna garantía al menos de mediano éxito, he dedicado buena parte del tiempo transcurrido desde la fecha del último de aquellas, á visitar los centros que en esta localidad, tan competentes de suyo en la materia, han sido creados á dredo con el fin de ilustrar los espíritus y dar vigor é impulso á la parte industrial, comercial y productora de ese importantísimo origen de riqueza.

La elección entre dichos centros no era dudosa. Comencé por la Biblioteca de esta Cámara de Comercio. Ageno por completo sería á la índole de este trabajo, y presuntuoso además, de mi parte, el tratar de dar siquiera breve idea de la ciencia atesorada en los estantes de esa librería; no lo intentaré, bastando á mi propósito con afirmar que pasa por la más completa y rica de todas las de su género. Hállase reunido en ella todo lo que, concerniente á sedas, sederías, gusanos y moreras se ha escrito en todos los idiomas desde la antigüedad más remota hasta la fecha. El bibliotecario, aunque relativamente joven, es, por su saber, su aplicación y su laboriosidad, digno del puesto que se le ha confiado. Recibí con muestras de cordial simpatía, que aumentaron sabido que hubo el objeto de mi visita, y desde aquí entro en la parte ingrata de mi tarea. Penoso es por todo extremo el decirlo, pero entiendo que sería más conusable el ocultarlo. Cuéntanse allí quizá por millares las obras italianas, francesas, inglesas, alemanas, griegas, turcas, chinas, japonesas y hasta persas, pero inútil sería buscar una española. Ni en los tiempos pasados ni, mucho menos, ahora ha habido un español que se dedique á ese interesante estudio.

«Mucho nos alegraríamos—me dijo el Bibliotecario—de conocer algo de la sericultura española, que tan alto renombre alcanzó durante muchos siglos, pero hasta ahora no nos ha sido posible obtener informe alguno. Por tener de todo,—continúa—ahí tenemos tres ó cuatro libros escritos en español, pero sus autores son americanos, cual del Uruguay, cual de la República Argentina ó de Chile, y nada nuevo nos dicen, porque sus obras no son sino meras traducciones del francés.»

Penoso es escuchar tales cosas de boca de un sábio, que las dice con muestras inequívocas del pesar que siente por ignorar lo que desearía saber, y con acento de profunda conmiseración hácia aquellos que, pudiendo y debiendo, no quieren dárselo á

